

LA BANDERA ARGENTINA EN CALIFORNIA, 1818

Por

JOSÉ FERRER

1. *Alarma en California*

Alta California, a principios del siglo XIX, con excepción quizás de su valor estratégico, era una parte insignificante del imperio español en América.

El último gobernador colonial, teniente coronel Pablo Vicente Sola, llegó a Monterrey, capital de la provincia, en 1815. Para 1817 había ya recorrido toda la provincia, inspeccionando cada presidio, pueblo y misión desde San Francisco hasta San Diego. Sus reportes al virrey Apodaca del 2 de Enero de 1817 y 3 de Abril de 1818, representan la mejor fuente de información para describir las pobres condiciones de California en esa época ¹.

Según dichos reportes no había en California más de 3.000 habitantes de raza blanca a fines del año 1817. Sola informa al virrey de la alarmante mortalidad de los indios en las misiones: de 64.000 indios bautizados, 41.000 habían ya perecido, especialmente por causa de enfermedades venéreas hereditarias que se comunicaban rápidamente de los es-

¹ Véase H. H. BANCROFT, *The Works of H. H. Bancroft* vol. 19, *California*, vol. 2, 1801-1824 (San Francisco: Bancroft Publishing Company, 1885), pág. 215 y 251. También el *Archivo General de las Indias*, Estado 32, Chm. 6162.

pañoles a los indios. También nota que espera muy poco de los indios como elemento de futura prosperidad para la provincia, y mucho menos como elemento de defensa, la mayor preocupación de Sola desde 1816.

La defensa de Alta California estaba a cargo de 300 soldados acuartelados en los cuatro presidios de San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco. Buena parte de sus energías se consumaba en proteger a los pueblos y misiones contra indios merodeadores y en conquistar nuevas tribus para incorporarlas al sistema de las misiones. Para ese fin los soldados estaban suficientemente equipados; pero la defensa de la provincia contra enemigos externos era completamente otro asunto.

El primer problema eran los rusos que se habían establecido en Fort Ross, situado en la bahía de Bodegas, al norte de San Francisco. El rey había dado órdenes que fueran desalojados². En su correspondencia al virrey, ya mencionada, Sola describe las condiciones miserables de sus tropas que estaban pobremente alimentadas, vestidas en harapos y sin sueldo desde hacía 8 años. Al mismo tiempo que recalca la imposibilidad de desalojar a los rusos sin amplios refuerzos, el gobernador explica que la caballería de los presidios no sólo era apenas suficiente para proteger a los pueblos y misiones, sino que a causa de la larga experiencia en la táctica peculiar de la guerra contra el indio, era incompetente para luchar contra un enemigo externo que esgrimía armas más mortíferas que arcos y flechas. Los artilleros de los presidios eran pocos y “por sus edades, achaques e inutilidad no se puede contar con ellos, ni con la artillería que existe en la provincia por ser de grueso calibre montados en cureñas de marina”. Por lo tanto Sola pide en el primer reporte que se reenforce con 200 soldados de infantería, 4 cañones con artilleros hábiles en su manejo y un crucero armado para la defensa de la costa. En su segunda

² *Archivo General de las Indias*, Estado 32, Chm. 6171.

carta sus pedidos se extienden aún más poniendo las cifras en 300 soldados, 2 cruceros armados y 4 cañones, que eran absolutamente necesarios, según él, no solamente para expulsar a los rusos de Fort Ross, sino sobre todo para defender a la provincia contra todo enemigo externo.

Al referirse a enemigos externos, lo que a Sola preocupaba no eran tanto las visitas periódicas a la costa de California de los barcos mercantes norteamericanos, actividad en verdad prohibida, sino más bien los posibles ataques de los corsarios sudamericanos. Efectivamente, dichos corsarios cruzaban a la sazón los mares, y especialmente el océano Pacífico, con patentes obtenidas de las autoridades de Buenos Aires desde 1816, y desde 1818 también de las de Chile. Su propósito era destruir las comunicaciones, comercio y poder marítimo de España en el Nuevo Mundo para facilitar las operaciones de tierra de las guerras de independencia. Naturalmente, los animaba también el incentivo de la ganancia, pues dichas empresas eran fruto de iniciativa privada, ya sea en el equipar los barcos como en su ejecución. Aun así, los corsarios estaban sujetos a ciertas leyes impuestas por el país que expedía la patente.

Las guerras de independencia en Sudamérica no ejercieron influencia alguna en California, donde existía una fuerte lealtad hacia el rey, quizás debida a la acción de los padres misioneros. Bancroft dice, en efecto, que no se descubre en los documentos de la época la menor indicación de sentimiento popular en favor de la independencia³. La provincia experimentó, empero, enormes sufrimientos durante la revolución de Hidalgo y Morelos en Méjico en la segunda década del siglo XIX, a consecuencia de la suspensión de los barcos mercantes que la abastecían regularmente desde San Blas. La penuria reinante aumentó considerablemente en 1815 y 1816 al no llegar los barcos de Lima, que antes habían

³ BANCROFT, *ob. cit.*, p. 195.

traído mercaderías para cambiarlas por sebo, el principal producto de California en esos días. La falta de esa fuente de socorro también indicaba que algo anormal sucedía en Sudamérica. La razón pronto se supo cuando en Junio de 1816 llegaron noticias de Mazatlán referentes a las actividades de los corsarios de Buenos Aires en los puertos de Valparaíso, Callao y Guayaquil. Poco después hubo una junta de guerra en San Blas para considerar la reparación de los barcos disponibles, a fin de ayudar a California en caso que fuera atacada por los corsarios; pero bien poco se resolvió allí a causa de las desesperadas condiciones financieras de Nueva España, envuelta ella misma en guerra civil ⁴.

Si a Sola habían causado gran ansiedad en el pasado las tristes condiciones de los medios de defensa de California, sus temores se multiplicaron al recibir dichas noticias. La alarma fue inmediatamente transmitida a los comandantes de los presidios con órdenes de prepararse para la defensa ⁵. Se debía mantener extrema vigilancia; si necesario se hicieran cartuchos usando material de los archivos de menor valor; se reunieran en los presidios a los hombres de la compañía de artillería de la milicia para impartirles la necesaria instrucción; y si los insurgentes de Sudamérica aparecían, había que resistirlos hasta la última gota de sangre. Sola envió también instrucciones a los padres misioneros: se debía alentar a los indios y exhortarlos a ser fieles al rey; en cada misión 15 ó 20 vaqueros nativos debían estar listos a todo momento para ir con sus riatas a sus respectivos presidios; se empaquetaran todos los ornamentos de las iglesias y otros artículos de valor para que se pudieran evacuar prontamente: finalmente, si fuera necesario abandonar las misiones, se arreara todo el ganado hacia el interior. Los misioneros contestaron entusiastamente que las instrucciones habían sido obedecidas, pero los comandantes de los presidios deploraron la falta de armamento

⁴ *Archivo General de México*, Provincias Internas, vol. 23.

⁵ Véanse esos despachos en Bancroft, ob. cit., pp. 211-12.

efectivo. En Octubre de 1816 se halló una respuesta parcial a ese problema con la llegada a Monterrey del San Carlos que traía pertrechos de guerra. Dicho barco había sido enviado por el comandante general de Nueva Galicia por orden del virrey.

Entre tanto, las penurias causadas por falta del comercio regular habían sido parcialmente remediadas por medio de comercio ilegal con los rusos de Fort Ross y comerciantes norteamericanos que anclaban periódicamente en las costas de California⁶. Sola, después de mucha hesitación y relucencia, había finalmente permitido tal comercio para aliviar los sufrimientos de sus soldados y colonos, y así puntualmente informó al virrey. Además, hacia fines de 1817, dos barcos de Lima y uno de Panamá llegaron a Monterrey para cambiar sus mercaderías por sebo de California. Seguramente que esos barcos sudamericanos fueron también portadores de alentadoras noticias con respecto a las depredaciones de los corsarios, porque no se registran en los documentos más alarmas en lo restante de 1817 y mayor parte de 1818⁷.

La paz fue de nuevo turbada el 6 de Octubre de 1818, cuando el bergantín norteamericano "Clarion", del cual tendremos más que decir en lo sucesivo, arribó a Santa Bárbara y comunicó al comandante José de la Guerra la alarmante noticia que en las islas Hawai dos buques corsarios sudamericanos se estaban preparando para depredar las costas americanas del Pacífico, y que en una semana más zarparían hacia California. Guerra mandó enseguida un correo violento a Monterrey. Sola recibió el mensaje de Santa Bárbara el 8 de Octubre y el mismo día dio órdenes a todos los presidios de prepararse para la defensa. Entre las nuevas disposiciones la más importante era una continua vigilia a lo largo de la costa. Partidas de centinelas, compuestas de un soldado y dos indios,

⁶ Véanse S. ELDREDGE, *History of California* (New York: Century Company, no fecha), pp. 59-60.

⁷ Véase BANCROFT, *ob. cit.*, p. 222.

debían ser estacionadas en puntos estratégicos. Se colocaran dos estafetas montados en cada uno de 25 lugares especificados para la pronta transmisión de despachos. En caso de la muerte de Sola, don José de la Guerra debía ser reconocido como gobernador provisorio ⁸.

Un mes pasó sin señal alguna de barcos enemigos y Sola, que creyó la alarma infundada como la del año anterior, impartió órdenes a los comandantes de presidio que enviaran a sus casas los civiles en armas para que atendieran a sus ocupaciones domésticas y agrícolas, pues creía que el otoño estaba ya demasiado avanzado para hostilidades provenientes del mar. No obstante ordenó que se mantuviera una constante vigilia en la costa. Fue actualmente una medida muy sabia porque en la tarde del 20 de Noviembre, cuando el gobernador ya casi había cesado de temer, el centinela de Punta Pinos dio la señal que había dos barcos a la vista, navegando hacia Monterrey. Sola se preparó para la defensa con su fuerza disponible de 40 hombres, compuesta de 25 soldados de caballería, 4 veteranos de artillería y 11 artilleros de la milicia.

2. *Bouchard y sus hombres.*

Los veleros que se acercaban a la costa eran, efectivamente, los de los corsarios de Buenos Aires. Es necesario ahora que los introduzcamos a los lectores antes de continuar con el relato de los acontecimientos en Monterrey.

La nave mayor, la *Argentina*, mejor conocida entre los californianos como "la fragata negra", era la capitana al mando del jefe de la expedición, capitán Hipólito Bouchard. La menor, la *Santa Rosa*, conocida en California como "la

⁸ *Ibid.*, pp. 223-25.

fragata chica" y por los argentinos más comunmente como la Chacabuco, estaba al mando del capitán Peter Corney⁹.

Bouchard era un francés nacido en Saint Tropez, cerca de Marsella, alrededor del año 1785. Se hallaba ya en Buenos Aires al estallar la revolución de Mayo y luchó a las órdenes de la junta patriota en varias acciones navales contra la armada española con base en Montevideo. En 1812 y 1813 se desempeñó con honor como oficial en los granaderos de San Martín, y poco después obtuvo la ciudadanía argentina. En 1815 lo encontramos al mando de una de las fragatas capturadas a los españoles, después que éstos se rindieron en Montevideo.

Con el Río de la Plata ya seguro en manos argentinas, la mayor parte de los marinos argentinos dirigieron sus energías a expediciones de corso, para las cuales seguían las mismas leyes establecidas por el reglamento español de 1801, aprobado en 1816 por el director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata como las reglas a observarse por los corsarios de Buenos Aires. En 1815-1816, el comodoro Brown y el capitán Bouchard condujeron simultáneamente dos expediciones a la costa del Pacífico, donde infligieron graves pérdidas a la marina española desde Valparaíso hasta Guayaquil, preparando así el terreno para la campaña militar de San Martín a través de los Andes.

Uno de los barcos apresados en esa doble expedición fue la fragata española Consecuencia, que Bouchard llevó a Buenos Aires en 1816. Dicha nave fue armada el año siguiente por Vicente Anastasio Echevarría, se le nombró la Argentina y su mando fue entregado al capitán Bouchard. Su misión era de llevar a cabo un crucero en los mares del Lejano Oriente, a fin de obstaculizar, y posiblemente destruir, el comercio español en las Filipinas.

⁹ La siguiente información sobre Bouchard y su expedición la obtuve casi exclusivamente del capitán Héctor R. Ratto, *Capitán de Navío Hipólito Bouchard* (Buenos Aires: Secretaría de Estado de Marina, 1961), *passim*.

“La fragata —según *Páginas* de Historia de Bartolomé Mitre—¹⁰ era de porte de 677 toneladas, tenía sus dos baterías, era de buen andar y de construcción sólida, a propósito para una navegación de largo curso. Su armamento consistía en 42 cañones de a 8 y 12, divididos en baterías alta y baja, de los cuales cuatro cañones montados en bodega, siendo dos de estos de desembarco. Montaban la fragata como 250 hombres, en su mayoría argentinos, aunque había marinos de todas las nacionalidades de Europa y América”.

La Argentina zarpó de Buenos Aires en Julio de 1817, surcó el Atlántico y el mar de las Indias, y después de siete meses de aventuras se acercó a la costa de las islas Filipinas. Para entonces había perdido unos 50 hombres a consecuencia del mal del escorbuto y de un ataque de piratas malayos. Aún así, bloqueó por dos meses el puerto de Manila, hasta el 31 de Marzo de 1818, apresando en ese tiempo 16 buques mercantes con bandera española, todos los cuales fueron inmediatamente echados a pique a la vista de dicho puerto. Más aventuras guerreras en las Filipinas, escaso alimento, escorbuto y otras desaventuras causaron pérdidas adicionales de vidas entre la tripulación, de modo que cuando la Argentina ancló en las islas Hawai, en Agosto de 1818, no había más de unos 150 hombres a bordo.

En Hawai Bouchard halló la corbeta Santa Rosa, alias la Chacabuco, anteriormente un buque corsario de Buenos Aires, que había cruzado con buen éxito la costa sudamericana del Pacífico, destruyendo numerosos barcos españoles y atacando los pueblos de la costa. Entre tanto la tripulación se había sublevado varias veces, con los consecuentes cambios de capitanes. Evidentemente, dicho barco había actuado más como pirata que patriota. La Santa Rosa había sido vendida a Kamehameha, el rey de las islas Hawai, o Sandwich, por los últimos

¹⁰ Cuya narración usa RATTO, *ob. cit.*, p. 36-s.s. Según parece Mitre poseía la memoria de la expedición escrita por Bouchard en Chile durante su prisión de 1819. La mencionaremos de nuevo más adelante.

sublevados, que todavía estaban allí¹¹. En una entrevista con el rey, Bouchard reclamó a la corbeta como propiedad de las Provincias Unidas del Río de la Plata y pidió que todos los tripulantes de la misma le fuesen entregados para castigar a los culpables por sus delitos de insubordinación y piratería. El rey accedió al pedido de Bouchard después que este último aceptó de pagar por el barco y las deudas contraídas por los rebeldes. Kameha-Meha firmó también un tratado de alianza y reconocimiento de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Con tal acto, el reino de las islas Hawai fue la primera nación —si tal apelativo fue posible concedérsele— que reconoció la independencia del pueblo argentino.

Bouchard castigó con la pena de muerte a dos de los jefes rebeldes y a los criminales menores los condenó a recibir una gruesa de azotes. Estos últimos y los restantes de la tripulación de la Santa Rosa, que sumaban juntos unos 60, más 30 naturales de las islas, fueron incorporados a la expedición, cuya tripulación total quedó elevada así a casi su número original.

Efectuadas las reparaciones necesarias, Bouchard dio el mando de la Santa Rosa al capitán inglés Peter Corney, que residía a la sazón en Hawai y había sido persuadido por Bouchard a incorporarse a la expedición. Parece ser que dicho capitán había informado a Bouchard de la presencia en las islas de los rebeldes de la Santa Rosa¹². El nuevo velero era bastante más pequeño que la Argentina, pero más rápido. Su armamento consistía de unos 24 cañones y su tripulación de unos 90 hombres.

¹¹ CHARLES F. CHAPMAN, *A History of California: The Spanish Period* (New York: Macmillan, 1923), p. 442, dice que Kameha-Meha se apoderó del barco e internó a la tripulación.

¹² Véase RATTO, *ob. cit.*, pp. 37 y 47, que obtuvo esa información de Horacio Bossi Cáceres, "Peter Corney y el crucero de la Argentina", una traducción del diario de Peter Corney, publicada en el *Boletín n.º 39 del Instituto de Investigaciones Históricas*, Secretaría de Estado de Marina, no fecha. CHAPMAN, *ob. cit.*, pp. 441-49, se sirve del mismo diario

A ese momento —en que Bouchard estaba ocupado en las reparaciones de la Santa Rosa y haciendo planes para atacar la costa americana del Pacífico— Mitre nos informa de la presencia en Hawai de una fragata norteamericana al mando de un cierto capitán Piris. El cargo de dicha nave consistía, entre otras cosas, de doce cañones de grueso calibre, que llevaba con el objeto de negociar con ellos. En una comida que dio a su bordo a la oficialidad de la expedición argentina, uno de los convidados habló imprudentemente de los planes de Bouchard de atacar a California. La fragata norteamericana se dio inmediatamente a la vela, llegó a California cuatro semanas antes que Bouchard y dando la alarma consiguió vender a buen precio la mercadería bélica. Evidentemente la nave en cuestión era el ya mencionado bergantín Clarión, al mando del capitán Henry Gyzelaar, conocido de la Sra. Ord, hija de José de la Guerra. La descripción de la expedición de Bouchard que el capitán Gyzelaar dio al comandante Guerra concuerda casi perfectamente con la narración de Mitre. Sin embargo, no existe en los documentos de California noticia alguna de la venta de los cañones¹³.

En Octubre de 1818, la expedición de Bouchard, reforzada por la Santa Rosa y aún formada por unos 250 hombres, se dirigió hacia California para atacar a los puertos de aquella provincia. El día 20 de Noviembre avistaron a Monterrey¹⁴.

3. *Los argentinos atacan a California.*

Mientras que los corsarios argentinos iban entrando a la Bahía de Monterrey, el gobernador Sola puso al sargento Manuel Gómez a cargo de la batería de la costa, compuesta de

¹³ Véase BANCROFT, *ob. cit.*, pp. 222-23, y 252.

¹⁴ La narración de Mitre, en RATO, *ob. cit.*, p. 49, da el 22 de noviembre como fecha de llegada a Monterrey. Sin embargo, creo que la documentación de Bancroft es más fidedigna, basada como está en los inmediatos reportes de Sola y en testimonios locales, aunque estos últimos no estén siempre de completo acuerdo.

5 cañones. También se organizó otra batería de 3 cañones en la misma playa, al mando del cabo José Vallejo ¹⁵.

Desgraciadamente para Bouchard, al entrar en la bahía sobrevino una gran calma. Eran las cinco de la tarde y las naves de la expedición distaban aún como dos leguas del punto donde debía verificarse el desembarco. La Argentina se vio obligada a echar ancla a dos millas del puerto, pero la corbeta Santa Rosa, buque más ligero y de mejor corte, haciéndose remolcar por sus botes, pudo entrar al interior del puerto y a las 11 de la noche echó sus anclas a tiro de pistola de la costa. Debido a la obscuridad, Corney no se dio cuenta que se hallaba expuesto al fuego directo de las baterías de la costa. Bouchard mandó seis botes llenos de marinos a la Santa Rosa, con órdenes de efectuar inmediatamente el desembarco. Esa operación fue fatigosa; los marinos llegaron a la corbeta con más disposición de descansar que de combatir, y descansando pasaron lo restante de la noche. A las interrogaciones de costumbre, lanzadas a gritos con un portavoz de cuerno desde las baterías de la costa, de la corbeta llegó una respuesta en inglés, que ninguno en la playa pudo entender. El pedido fue repetido con órdenes de enviar a tierra un bote que llevase los papeles del barco. Desde la Santa Rosa una voz replicó, esta vez quizás en castellano, que se atendería a todas las formalidades por la mañana.

Al amanecer del 21 de Noviembre, Corney descubrió su peligrosa posición. Dándose cuenta que ya no era tiempo de efectuar el desembarco, ni de retirarse, ordenó de romper el fuego sobre las baterías de la costa. Evidentemente, dichas baterías estaban situadas en lugar muy ventajoso, porque a los pocos minutos la posición de la corbeta resultó insosteni-

¹⁵ Consúltese CHAPMAN, *ob. cit.*, p. 444; y BANCROFT, *ob. cit.*, pp. 227 y 229, nota 19, quien incluye varias declaraciones de testigos oculares, a veces contradictorias, escritas de memoria por descendientes, años más tarde. He intentado de reconstruir los hechos de Monterrey, sirviéndome también de la narración de Mitre. Empero, el problema se presenta a veces muy arduo y su solución, quizás, como imposible.

ble, Corney ordenó a los botes de volver a la Argentina con el mayor número posible de marinos; mandó después arriar la bandera en señal de rendirse y pidió al enemigo la suspensión del fuego¹⁶. Soy de opinión, basado en los acontecimientos siguientes, que el verdadero motivo en la rendición de Corney era el de ganar tiempo. Tan pronto como se arrió la bandera los españoles ordenaron al comandante de la corbeta de bajar a tierra. Desde la Santa Rosa contestaron que dicho oficial se había ido al otro barco. Los españoles anunciaron que reanudarían inmediatamente el fuego si un oficial responsable no cumplía con las órdenes dadas. El segundo oficial, el norteamericano Joseph Chapman, vino entonces a tierra acompañado de dos marinos. Los tres fueron tomados prisioneros y permanecieron en California después que la expedición de Bouchard se alejó de esas tierras.

Sola, a continuación, dirigió su atención hacia "la fragata negra". Ayudada por una nueva brisa, la Argentina iba acercándose rápidamente y muy pronto ancló apenas fuera del alcance de los cañones de las baterías de la costa, colocando a la Santa Rosa bajo la protección de sus cañones. Se estaba a punto de abrir la segunda fase del combate, Bouchard envió a tierra un oficial con bandera de tregua, quien llevaba un pedido formal para la capitulación de la provincia. A tal demanda Sola replicó grandilocuentemente que nunca tomaría tal curso mientras hubiera un hombre vivo en la provincia. Bouchard no insistió más por el momento porque él también quería ganar tiempo. Efectivamente, no hubo novedades en lo restante del día y de la noche del 21 de Noviembre. Durante la noche Bouchard despachó a la Santa Rosa varios botes, con cuyo auxilio se trasbordó a la Argentina toda la gente hábil de la corbeta. También se hicieron los preparativos para el desem-

¹⁶ Corney no habla de rendición de La Santa Rosa. De todas maneras la corbeta no fue en efecto capturada, pues los españoles no disponían de botes para recoger los frutos de su victoria. Cfr. CHAPMAN, *ob. cit.*, p. 445.

barco que comenzó a las 8 de la mañana del día 22. Al mismo tiempo que la Argentina se acercaba a las baterías de la costa para proteger el desembarco, Bouchard mandó a tierra 200 hombres en nueve botes, cuatro de ellos armados de pequeños cañones. Dicha fuerza desembarcó en Punta Potreros, como a dos millas del presidio y de las baterías de la costa, e inmediatamente comenzó el avance. Sola envió al alférez Estrada con los 25 hombres de la caballería presidial para impedir el desembarco, empresa inútil contra 200 hombres bien armados. Atrapado entre el fuego de la Argentina y los marinos argentinos avanzantes, el gobernador ordenó al cabo Estrada que se retirara de la playa a la batería, destruyera los cañones, quemara la pólvora que no pudiera llevarse y se retirara al presidio. Después de resistir allí muy poco tiempo, Sola se retiró con todos sus hombres al pueblo de Monterrey. Bouchard capturó la fortaleza a las 10 de la mañana, enarbolándose en ella la bandera argentina que saludaron desde la bahía con gritos de triunfo los hombres que se habían quedado en los barcos. Siguió un breve combate en Monterrey, donde para entonces Sola tenía una fuerza de 80 hombres. El gobernador, sin embargo, estimó prudente retirarse, y así lo hizo felizmente, llevándose consigo el armamento que pudo y los documentos del archivo provincial. Se detuvo en el Rancho del Rey, propiedad que se hallaba cerca de la actual ciudad de Salinas, y allí comenzó a reorganizar sus fuerzas y pedir refuerzos para contraatacar a sus enemigos.

Durante los seis días que la bandera argentina permaneció enarbolada en los muros de Monterrey, los corsarios argentinos dieron sepultura a sus muertos, cuidaron a los heridos y repararon a la corbeta que había sufrido enormes daños el día anterior. También mataron algunos vacunos extraviados para proveerse de carne fresca, inutilizaron la artillería rendida, saquearon y arrasaron la fortaleza y el pue-

blo, pero dejaron intacta la cercana misión de San Carlos. Además capturaron a un tal Molina, un colono ebrio que seguramente había transcurrido el tiempo durmiendo durante la lucha.

Entre tanto el gobernador Sola había obtenido refuerzos de San Francisco, San José, Santa Bárbara y otros lugares. Con unos 200 españoles y gran número de neófitos se dirigió hacia Monterrey donde encontró al presidio y pueblo en ruinas humeantes y a los barcos corsarios que desaparecían en el horizonte¹⁷.

La siguiente parada de Bouchard tuvo lugar cinco días más tarde en el Rancho del Refugio, el hogar de los Ortega, entre Punta Concepción y Santa Bárbara. Probablemente lo atrajo la supuesta riqueza de dicha familia, que se decía había amasado una fortuna considerable a través del contrabando¹⁸. Los hombres de Bouchard saquearon el rancho, que había sido abandonado por sus moradores y mataron varias cabezas de ganado. Ese mismo día llegó de Santa Bárbara el sargento Carlos Antonio Carrillo con unos 30 hombres. Colocándose al acecho en una colina cercana, logró apresar a tres hombres de Bouchard, entre los cuales se contaba el lugarteniente William Taylor, original de Boston. Este hecho irritó a Bouchard de tal manera que en represalia ordenó el incendio del rancho.

Los corsarios continuaron la navegación hacia el sur, desembarcaron en la isla de Santa Cruz para aprovisionarse de madera y agua, y el 6 de Diciembre anclaron en Santa Bár-

¹⁷ Según BANCROFT, *ob. cit.*, p. 233, los corsarios zarparon por la noche o mañana temprano del 26 al 27 de noviembre; RAYO, *ob. cit.*, p. 53, dice que fue el 29 de Noviembre; y Corney (CHAPMAN, *ob. cit.*, p. 445), el 1º de diciembre.

¹⁸ BANCROFT, *ob. cit.*, p. 249, dice que fue probablemente el prisionero Molina quien informó a Bouchard acerca de la supuesta riqueza de los Ortega.

hara, donde José de la Guerra era el comandante¹⁹. Bouchard envió un mensaje a Guerra, en el cual le proponía un canje de prisioneros, especificando que quería los tres hombres apresados por Carrillo en el Rancho del Refugio. Si el comandante aceptaba el canje, Bouchard se obligaba a abandonar la costa y a cesar en sus ataques. Al enterarse Guerra que los prisioneros de Bouchard no eran más que el borracho Molina, se negó indignado a proceder con las negociaciones. Bouchard le aseguró que solamente tenía un prisionero y que permitiría a Guerra de registrar los barcos si ponía en duda su palabra. Solamente entonces, el 9 de Diciembre, el comandante, "por razones de humanidad", consintió en el canje desigual, que inmediatamente se llevó a cabo²⁰.

Cuando el gobernador fue informado del canje de prisioneros, reprimió duramente a Guerra por haber conducido negociaciones con "piratas". Aún más, acusó al comandante de cobardía por no haber atacado a los corsarios. Tal acusación era, en verdad, de mal gusto e injusta porque Bouchard no había desembarcado, y sobre todo si se considera la propia incapacidad o cobardía del gobernador para defender a Monterrey con fuerzas superiores, especialmente después que consiguió refuerzos en el Rancho del Rey. En cuanto a Molina, bien le habrá pesado el canje, pues le tocó soportar la ira del gobernador que lo sentenció a cien azotes y seis años de trabajo forzado en cadenas.

¹⁹ Por cortesía del Dr. Donald C. Cutter, de la Universidad de Nuevo México, tuve ocasión de consultar copia de las cartas del Padre Payson, el entonces presidente de las misiones de California, a los misioneros de los alrededores, fechadas del 1º al 11 de diciembre de 1818, cuyos originales se hallan en el Archivo de Santa Bárbara, California. En ellas se describen vívidamente las preparaciones guerreras de los misioneros a medida que Bouchard navegaba de Monterrey hacia el Sur. No obstante el interés que despiertan, son de muy poco valor para la reconstrucción de los hechos, por razón de evidentes exageraciones.

²⁰ RATTRY, *ob. cit.*, p. 53, dice que el diario de Corney describe el asalto y toma de Santa Bárbara. Evidentemente es un error, porque tal acción, que describiremos más adelante, tuvo lugar en San Juan Capistrano.

No es posible establecer con certeza si Bouchard zarpó de Santa Bárbara el día 9 de Diciembre o tres días más tarde. Lo cierto es que se hallaba en frente a San Pedro el 13 del mismo mes, a plena vista de la misión de San Buenaventura. Hubo gran alarma en la misión, que temía el desembarco de los corsarios, pero estos continuaron su navegación y aparecieron en San Juan Capistrano el 14 de Diciembre. El alférez Santiago Argüello, enviado por el comandante Ruíz de San Diego, había llegado allí el día anterior con 30 hombres. Inmediatamente preparó la gente para la defensa, después de enviar al interior las mujeres y los niños, juntamente con algunos objetos de valor. Bouchard le mandó un mensaje prometiendo respetar la población si le daban víveres. Argüello contestó altivamente que si los corsarios desembarcaban recibirían "una inmediata provisión de pólvora y balas". Naturalmente, esa respuesta encolerizó a Bouchard quien, en consejo de oficiales, dispuso el desembarco y saqueo del pueblo. Corney estuvo al mando de esa misión, al mando de 140 hombres. El mismo nos dice que hallaron al pueblo bien provisto de todo, excepto dinero, y que destruyeron mucho vino y licores y toda la propiedad privada. El regreso fue más bien dificultoso porque a unos 20 marinos, ebrios como cubas, los tuvieron que acarrerar amarrados sobre los cañones. A la mañana siguiente, los ebrios de la víspera recibieron el castigo merecido. Ratto nos informa que, aunque Corney no lo dice, seguramente fue el de "cala", consistente en pasar, una o varias veces, por debajo de la quilla, al castigado.

Al día siguiente, 15 de Diciembre, las fuerzas de Argüello, que se habían retirado a las colinas de los alrededores, fueron considerablemente reforzadas por tropas provenientes de Santa Bárbara y Los Angeles al mando de Guerra. Todavía resentido por las acusaciones de Sola, el comandante Guerra estaba ansioso por lanzarse a la lucha. Por lo tanto desafió a Bouchard a desembarcar y a trabarse en combate, pero sin resultado alguno, pues los corsarios ya habían conseguido lo

que querían. Al día siguiente, después que los barcos se habían dado a la vela, cuatro desertores salieron de su escondite y se presentaron a los españoles, pidiendo perdón y asilo, pues, según ellos, habían sido obligados contra su voluntad a alistarse con los insurgentes. No habiendo razón alguna para dudar de sus honestas intenciones, fueron aceptados y enviados temporalmente al interior como medida de precaución.

Tocaba ahora el turno a San Diego de prepararse para resistir al enemigo. Se enviaron al interior las mujeres y los niños. El comandante Ruiz hizo preparar balas de cañón enrojecidas al fuego; pero los barcos de Buenos Aires pasaron por alto, sin que siquiera atentaran de entrar al puerto y apuntaron sus proas hacia San Blas y Acapulco, dejando atrás a California mucho más pobre pero en gran alivio.

4 *Epílogo*

Aun manteniendo extrema vigilancia en caso de nuevos ataques de los insurgentes, Sola se aplicó inmediatamente a reconstruir su capital. En primer lugar exigió a los misioneros que abastecieran con provisiones a los almacenes reales, prometiéndoles que serían más tarde reembolsados por la tesorería real. Los mismos misioneros proporcionaron el trabajo de los indios para la reconstrucción del pueblo. Poco a poco las familias fueron volviendo a sus casas y para Abril de 1819 Monterrey ya había recobrado su antiguo aspecto. Al mismo tiempo, Sola envió un detallado reporte oficial al virrey de lo acaecido en Monterrey, reporte que constituye la mejor fuente de información para la narración de la invasión de Bouchard en el norte de California ²¹.

Las nuevas de la invasión de los corsarios argentinos habían llegado a la ciudad de México en Diciembre de 1818. En

²¹ Véase BANCROFT, *ob. cit.*, p. 227, nota 14.

la mente del virrey Apodaca, conde de Venadito, era tal el estado de emergencia que inmediatamente ordenó que fuesen enviados refuerzos a California desde Guadalajara, San Blas y Sonora. Al notificar a Sola que los refuerzos estaban en camino, lo exhortó a usar todos los medios disponibles para desalojar de las tierras del rey a los invasores. Aún después que el reporte de Sola indicó que California estaba de momento fuera de peligro, el virrey insistió que sus órdenes fueron ejecutadas. Desgraciadamente no podía enviar amplios refuerzos, a causa de las dificultades en Nuevo México, Texas y Vera Cruz²². Sin embargo, para setiembre de 1819, la compañía de infantería de San Blas, compuesta de 100 hombres, llegó a Monterrey y el escuadrón de caballería de Mazatlán, también de 100 hombres, reforzó la guarnición de San Diego. De estos últimos 45 fueron enviados a Santa Bárbara, mientras que desde Monterrey 40 soldados de infantería fueron a San Francisco. Actualmente, dichos refuerzos sirvieron solo para acrecentar las dificultades financieras de Sola, ya que no nuevos ataques externos vinieron a disturbar la paz de California durante el período colonial. Quizás sirvió para consolarlo en sus tribulaciones su promoción al rango de coronel, publicada en La Gaceta de la ciudad de México, juntamente con las más expresivas gracias de parte del virrey, dirigidas a él y a todos los soldados de California y con promociones a otros oficiales. Los misioneros, empero, se sintieron ofendidos al notar que sus patrióticos sacrificios no habían sido reconocidos por el virrey o el gobernador. Oídas sus quejas, Sola rectificó su omisión enviando al virrey un reporte suplementario. Este, a su vez, satisfizo a sus frailes guerreros con una calurosa carta de agradecimiento.

²² Véase la correspondencia del virrey Apodaca al Primer Secretario de Estado, del 31 de enero de 1819, al gobernador Sola del 20 de enero de 1819 y al comandante general Cruz de Guadalajara, Nueva Galicia, del 20 de febrero de 1819, en el *Archivo General de las Indias*, Estado 33.

Bouchard, en tanto, pasó lo restante de Diciembre y todo Enero surcando las costas de Méjico en busca de barcos españoles para abordar²³. Su mayor proeza en la América Central tuvo lugar en el puerto de Realejo, Nicaragua, en Abril de 1819. Según Mitre, dicho lugar era el principal astillero español del Pacífico. Bouchard se apoderó del puerto y de varios barcos allí anclados. Después de otros incidentes, la expedición argentina, para entonces compuesta de cuatro barcos, ancló en Valparaíso en el mes de Julio de 1819. Desgraciadamente llegó en mal rato, porque el almirante Cochrane estaba entonces preocupado en alistar la escuadra que conduciría el ejército de San Martín al Perú. Sin preocuparse de formalidades, Cochrane confiscó los barcos de Bouchard. Al protestar este último, Cochrane lo puso preso por cinco meses. Fue durante ese tiempo que Bouchard escribió la memoria de su expedición alrededor del mundo, la cual fue publicada poco después en Buenos Aires por su armador, Echevarría.

Exonerado al fin de los delitos con que se le acusaba, Bouchard, en 1820, transportó en sus barcos al Perú 500 granaderos con su caballada y equipo de expedición y él mismo se distinguió alrededor del Callao en varias acciones navales. Esto señaló el fin de las hazañas de Bouchard en los mares. La Argentina, descuidada durante la prisión de Bouchard en Chile, fue desguazada para servir de leña en 1822, y la Santa Rosa fue incendiada por los españoles en la sublevación del Callao de 1824. Quizás Bouchard creyó ser cosa imprudente el presentarse a su armador en Buenos Aires con las manos vacías: lo cierto es que se quedó en el Perú lo restante de su vida. Por su partida de defunción se deduce que compró allí una finca y esclavos, por quienes fue muerto en Enero de 1837, cuando contaba aproximadamente 52 años de edad²⁴

²³ RATTO, *ob. cit.*, p. 53, todavía sirviéndose de la *Páginas de Historia*, de Mitre, dice que Bouchard bloqueó los puertos de San Blas y Acapulco. No he podido hallar pruebas de tales hechos, aunque en ambos puertos los veleros corsarios fueron avistados por sus residentes.

²⁴ Véase RATTO, *ob. cit.*, p. 68, nota 10.

Volviendo ahora a California, lo más interesante a propósito de las hazañas de Bouchard en esa provincia, es el motivo que las animaba. Según los misioneros, Bouchard y sus hombres eran "heréticos, personas excomulgadas, paganos y algunos Moros". Los demás californianos insistían en llamarlos "piratas". Empero, existe mucha evidencia en la documentación de que nos hemos servido para probar que se trataba de un distinguido esfuerzo en favor de la causa revolucionaria en Sudamérica. Colocada en esa luz, la expedición era una legítima empresa. Todos los hombres de Bouchard apresados por los californianos, incluidos los que desertaron en San Juan Capistrano, fueron unánimes en declarar que la expedición tenía como fin el debilitar el poder español en América.

Los californianos creían también que Bouchard había venido a conquistar la provincia y a arrasarla; pero que fue repulsado gracias a sus fuertes medidas de defensa, coraje y lealtad al rey. No obstante el testimonio de uno de los prisioneros tomado en Monterrey²⁵, no hay evidencia clara que Bouchard intentó de veras conquistar a California. Su misión no era la de conquista territorial, sino de acción corsaria. Si los californianos se hubiesen mostrado ansiosos de abrazar la causa patriota, quizás entonces Bouchard habría cambiado de idea. Pero la hostil recepción que aquéllos le dispensaron, su negativa para suministrar provisiones y la alarma popular, hizo toda tentativa de conquista impracticable y, aún más, imposible.

²⁵ Véase CHAPMAN, *ob. cit.*, p. 450; y BANCROFT, *ob. cit.* pp. 229 y 249.